



Buenas prácticas educativas, buena universidad

Benjamín Quezada Martínez*

Nube-Planeta Tierra. Ciudad Juárez, Chihuahua

Es un lugar común reconocer que la universidad no solamente transmite conocimientos, también los produce, los divulga y hace propuestas para su aplicación.

Para cumplir estas tareas, hoy, en nuestro tiempo, los centros universitarios deben crear a su interior ciertas condiciones básicas. La principal no corresponde al andamiaje administrativo, sino a los procedimientos académicos, a la calidad de las enseñanzas y de la relación de aprendizaje que, en torno a ellas, se realiza.

El pasado 20 de abril, en un merecido homenaje de la UACJ a su labor como historiador, como defensor de las mejores causas y como maestro, Víctor Orozco dijo: "...bien vistas las cosas, las experiencias enseñan que hay innovación, vigor, sólo ahí donde la curiosidad, las dudas, los asombros, la conciencia del escaso saber, la insaciable sed de conocimiento, presiden el quehacer intelectual, falsas certidumbres, prejuicios, autocomplacencias, en cambio, derivan hacia la pobreza de las ideas y la mezquindad". En estas palabras, Víctor Orozco resume parte de las circunstancias y la problemática que viven actualmente las universidades.

Durante la conmemoración de los 40 años de existencia del Departamento de Investigaciones Educativas del Centro de Investigación y Estu-

dios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional (DIE-CINVESTAV-IPN), importantes investigadores internacionales coincidieron en que el modelo tradicional de las universidades está en crisis o ya es completamente obsoleto.

Dentro del marco de la crisis general de nuestras universidades, deseo señalar algunos aspectos que me parecen importantes: en primer lugar, la persistencia de ideas y procedimientos de enseñanza y aprendizaje añejamente tradicionales; una educación centrada en la imposición de un ambiente marcado por la disciplina, entendida como obediencia acrítica, silencio e inmovilidad de los estudiantes y una docencia asumida como necesaria inyección de contenidos planeados de pe a pa. En el fondo persiste el viejo culto a la racionalidad burocrática, atrás de la cual se ha ocultado una falsa rigurosidad académica.

Otro factor relacionado con lo anterior es la persistente tendencia a burocratizar los programas de capacitación de los docentes. Aunque se adopten y promuevan innovaciones teóricas para la relación educativa, como es el caso de la Planeación por Competencias, hay una gran tendencia a traducirlas a constancias de mérito administrativo sin mayores efectos para el ejercicio docente. De acuerdo con esta idea, una condición necesaria para que las innovaciones metodológicas se tra-

duzcan en buenas prácticas educativas y arrojen mejores resultados es la cancelación del carácter “privado” de la clase universitaria. Sin violentar el derecho a la llamada “libertad de cátedra”, lo que se hace en la clase, en el taller o en el laboratorio debe conocerse y, por lo tanto, ser evaluado.

El problema no consiste sólo en el trabajo de un departamento que ofrezca y coordine cursos de capacitación. No. El problema consiste en que la formación y capacitación

de los docentes se vuelve cuestión meramente administrativa, reducida a la oferta de una amplia variedad de cursos de capacitación o de cultura general y a la acumulación de constancias por quienes los toman. Es decir, a la burocratización y/o banalización de la formación docente.

No se trata de negar la validez de la planeación curricular, con sus propósitos y objetivos, pero sí de argumentar para que estos propósitos educativos se cumplan mediante el trabajo pedagógico con sujetos reales y no atemporales. Se trata de construir espacios educativos y formativos en los que las prácticas, tanto de los docentes como de los estudiantes, ya no sigan siendo propias de una “escuelota”.

Otro aspecto de la crisis de nuestros centros de educación superior es que, entre la generalidad de los estudiantes que acceden a ellos, es común una expectativa sobre su formación profesional basada en la adquisición de insumos ya elaborados, planeados y dosificados previamente, no como productos contruidos por el propio estudiante. Lo que así se “aprende” resulta conveniente sólo en función de la posibilidad de un empleo y al acceso a la remuneración económica. Esta forma de entender la formación profesional es una de las herencias generadas por los vacíos formativos de los niveles previos al universitario. Sin embargo, esta expectativa no es inamovible.

Para las universidades de nuestro tiempo, modificar este estado de cosas representa uno de los principales retos. ¿A qué nos referimos con “nuestro tiempo”? De alguna forma, el trabajo educativo debe partir del carácter multidimensional de los individuos de hoy, percibir e incorporar a la tarea formativa la emotividad, la subjetividad, el ánimo y el desánimo, el gusto, la capacidad de

Se trata de construir espacios educativos y formativos en los que las prácticas, tanto de los docentes como de los estudiantes, ya no sigan siendo propias de una “escuelota”.

asombro, el entusiasmo, la libertad, la creatividad y la capacidad para la indagación, la experimentación y el rigor como factores inherentes al proceso formativo de cada estudiante y, por lo mismo, a las decisiones y competencias para el trabajo docente.

Pero, ¿es necesariamente quimérico o absurdo establecer una relación educativa amistosa, cordial, tolerante, estimulante y, para decirlo con Maturana, amorosa y democrática? Creo que no. Lo

expresado por Víctor Orozco lo confirma. Implica, sencillamente, que una buena relación educativa consiste en el encuentro negociado y dialogado de voluntades de transformación, como la coincidencia de impulsos de creatividad y de convicción de auto transformación. Estas condiciones no son sólo deseables, sino posibles.

Emprender el esfuerzo para construir una nueva cultura de las buenas prácticas educativas, no solamente entre los maestros, sino entre los alumnos, implica un esfuerzo que requiere, entre otras cosas, un amplio proceso de reflexión colectiva, colegiada e incluyente, con el fin de redefinir la concepción de la universidad, de la tarea de los educadores y de la comunidad universitaria y traducir las nuevas condiciones en principios básicos de la política universitaria. El reto es tan grande que, por muchas razones, se antoja imposible. Pero hay que emprenderlo para ir avanzando poco a poco; ese es, justamente, el sentido de la voluntad de cambio.

Pero no basta con esgrimir los rasgos o criterios generales de una buena docencia universitaria. Se requiere consolidar estos rasgos en una renovada política educativa institucional. Es decir: se necesita una política universitaria actualizada, superadora de la racionalidad meramente administrativa y enfrente con decisión los retos educativos de la posmodernidad.

Es comprensible, por lo antes comentado, la pertinencia —y la urgencia— de un esfuerzo sistemático y sostenido para desarrollar nuevas estrategias que involucren elementos conceptuales y prácticos que impriman un nuevo sentido a la tarea universitaria.

* Formador de maestros de la UPN.